

Neoliberalismo y crecimiento económico en México

HASSAN BOUGRINE*

Después de la crisis de la deuda de 1982, México empezó a instrumentar el programa que, al parecer, era el más liberal y abierto al exterior de su historia. La tendencia a la liberalización continuó a lo largo de la década de los ochenta y terminó recientemente en el Tratado de Libre Comercio (TLC) con Canadá y Estados Unidos. En este artículo se analizan los vínculos entre las reformas de política impuestas por este programa y el desempeño económico del país durante 1985-1995. Las diversas medidas y políticas adoptadas durante ese periodo han sido a menudo contradictorias e inconsistentes, y parecen haber desempeñado un papel principal como causantes de los actuales problemas económicos que enfrenta México. El documento sostiene que así como la liberalización es importante para el crecimiento económico, lo es también para colocar en su sitio un conjunto de políticas coherentes que puedan promover el crecimiento y evitar que el país pague una gran parte de las consecuencias negativas del proceso de ajuste.

El rápido y constante crecimiento que caracterizó a varios países de Asia del este de los años setenta a los

ochenta incitaron a quienes hacen las políticas de la mayoría de los países en desarrollo a copiar su modelo con la esperanza de pasarse al carril de alta velocidad del crecimiento y ponerse al corriente con el club de los ricos. Organizaciones internacionales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI), el GATT, etcétera, exageraron las virtudes del libre comercio para convencer a quienes deciden las políticas en todo el mundo diciendo que "liberalización y desregulación" es la receta para el milagro asiático del este. Ante tales tentaciones, México abandonó su importante estrategia de sustitución de importaciones y comenzó a liberalizar su economía a finales de la década de los setenta. La tendencia continuó durante la mayor parte de los ochenta y en 1994 condujo al Tratado de Libre Comercio de América del Norte con Estados Unidos y Canadá.

Bajar las barreras comerciales y eliminar distorsiones (tarifas de importaciones, cuotas, subsidios de exportaciones, etcétera) fueron parte de un programa más amplio de reformas estructurales patrocinadas por el FMI. Estas reformas tuvieron como objetivo esencial reducir la inter-

vención del gobierno y apoyar a la libre empresa; consistieron típicamente en privatización, desregulación y desmantelamiento de controles administrativos de precios y tarifas de intercambio. Encontraron apoyo teórico en la teoría neoclásica que sostiene que el libre comercio es una poderosa máquina de crecimiento económico y, con mucho, la mejor política que un país debe adoptar para incrementar el bienestar de sus ciudadanos.

A escala mundial, la tendencia a una mayor liberalización se facilitó por el desarrollo e instrumentación de nuevas tecnologías. Estas tecnologías han derribado todas las barreras y han hecho que hasta las áreas más remotas parezcan estar cerca. La globalización ha obligado a las compañías a adoptar nuevas estrategias competitivas, tales como la producción flexible y las formas inequitativas de inversión, incluyendo varios tipos de acuerdos de colaboración (coinversiones, subcontratación, etcétera). Como consecuencia, los flujos de inversión directa en países en desarrollo se redujeron (véase UNCTC, 1988: 76) y la mayoría de los países en desarrollo se volvieron vulnerables a las estra-

* Universidad Laurentian, Sudbury, Ontario, Canadá.

Traducción de Eduardo Velázquez Patiño.

tegrías de ubicación de las corporaciones multinacionales. El conflicto tradicional entre las corporaciones multinacionales (buscando maximizar sus ganancias) y los Estados nacionales (buscando lograr altos y crecientes estándares de vida, creación de empleos, impuestos, ingresos, etcétera) nunca ha sido más claro y parece haberse resuelto en favor de las poderosas corporaciones, sosteniendo así la afirmación de Kindelberger (1969: 5) de que “la nación Estado está casi acabada”.

El modelo ortodoxo de comercio y crecimiento

La teoría tradicional de comercio supone que la liberalización del comercio incrementa el desempeño a largo plazo y mejora el crecimiento porque: 1) dismantelar las barreras de comercio reduce las distorsiones de los precios, reasigna los recursos a través de sectores y firmas y, por lo tanto, aumenta la eficiencia económica; 2) elevar la integración abre nuevos horizontes y permite que las firmas locales expandan sus mercados e incrementen su producción aprovechando las economías de escala, y 3) el intercambio exterior de bienes y servicios aumenta la transmisión de los esfuerzos de investigación y reduce su duplicación; por lo tanto, permite que los recursos se reasignen a nuevas y distintivas barreras tecnológicas.

Finalmente, combinar los tres factores trae aumentos de bienestar a los consumidores gracias a precios más bajos y la elección en una gama más amplia. Además, la teoría predice que la mayor integración y globalización internacional de la vida económica llevará a una convergencia progresiva

(en niveles de ingresos, costos e índices de crecimiento de productividad) debido a la libre movilidad de los factores de producción.

Respecto a la relación entre los movimientos internacionales de los factores de producción –particularmente capital– y el desempeño económico local, la teoría ortodoxa es aún más optimista: supone que los flujos de capital extranjero tienen un impacto positivo en la economía local porque contribuyen a la creación de empleos, mejoran la calidad de la fuerza laboral gracias a la capacitación y estimulan nuevas inversiones a través de eslabonamientos (hacia adelante y hacia atrás).

La lógica simple de este argumento suena muy convincente, pero está muy lejos de ser automática; considérense, por ejemplo, los efectos del desplazamiento de las firmas extranjeras oligopólicas, tecnológicamente poderosas e intensivas en capital. El impacto positivo se reduce aún más cuando las firmas extranjeras operan en enclaves casi sin ninguna vinculación con el resto de la economía. Tales “zonas de procesamiento de exportaciones” se distinguen por importar la mayoría de sus insumos y pagar exiguos salarios a trabajadores no sindicalizados y poco calificados, y principalmente femeninos. Además, los diferentes tipos de capital extranjero no necesariamente tienen el mismo tipo de efectos en la economía huésped. Un estudio empírico (Faroque y Bougrine, 1992) demostró que cada dólar de inversión extranjera directa en Marruecos reemplaza el valor de entre 4.19 y 4.58 dólares de inversión doméstica y que, en contraste, el capital de la deuda estimula la inversión doméstica a razón de 0.48-0.74

dólares por cada dólar que fluye. Este resultado prueba que, aunque el efecto agregado del capital extranjero puede ser positivo, es necesario ser precavidos cuando se intente evaluar los impactos relativos de los diferentes componentes de la inversión extranjera.

La explicación alternativa

La ganancia esperada de la liberalización del comercio y de la inversión defendida por la teoría neoclásica se basa en la suposición de que aquellos recursos humanos que pierdan su empleo como resultado del proceso de ajuste *encontrarán* empleo en algún otro lugar, y que su reasignación a través de los sectores incrementará el nivel promedio de productividad en el país, ya que la especialización tiene lugar de acuerdo con la eficiencia y la ventaja comparativa. Pero el tamaño, e incluso la existencia, de las ganancias netas está en duda cuando se considera lo siguiente:

1) Los recursos humanos sin emplear a menudo dejan de encontrar empleo alternativo y, con la resultante pérdida de ingreso y disminución de la demanda efectiva, las firmas reducirán la producción (de bienes de consumo y de producción) que lleva a otro decremento en la demanda, el empleo y la utilización de la capacidad.

2) Las diferencias en los niveles de productividad y la estructura económica entre México y sus vecinos del norte dificultaron al primero competir en los mercados nacional e internacional. Con la liberalización del comercio y una mayor integración del mercado, México experimentó más dificultades ya que su déficit de comercio empeoró a causa

de la creciente penetración de importaciones y pérdida de ventas de exportaciones a los competidores "extranjeros".

3) La inversión de capital era atraída por los bajos salarios, pero otros factores, tales como la existencia de una infraestructura bien desarrollada, es crucial. Ello explica por qué los flujos de capital a nivel mundial se han concentrado en las economías más desarrolladas (Norteamérica, occidente de Europa y Japón) y que la participación de los países desarrollados en la inversión extranjera directa haya disminuido de un promedio anual de 26 por ciento durante el periodo 1981-1985 a 16 por ciento durante 1986-1990 (véase UNCTAD, 1994, tabla I.4).

La tendencia a la concentración geográfica de la inversión se explica y justifica por la existencia de las crecientes ganancias. Y ya que la inversión es una importante fuente de crecimiento, se vuelve evidente que el crecimiento económico es un proceso autorreforzable y acumulativo en el cual los países en desarrollo están en desventaja (véase Bougrine, 1995).

Los déficit de la balanza de pagos son un problema crónico en los países en desarrollo. Cuando la coacción de la balanza de pagos es operacional (véase Thirlwall, 1979), la acumulación de los déficit trae consigo la amenaza de una crisis monetaria. Para mantenerlos bajo control en ausencia de cualquier mecanismo efectivo para aumentar las importaciones, la política tradicional ha sido disminuir la demanda doméstica o reducir los costos de mano de obra mediante la devaluación. En un intento por proteger la moneda de otra depreciación y detener la pérdida de

reservas internacionales, los bancos centrales de los países deficitarios a menudo adoptan una estrategia de altas tasas de interés. Mientras que esta estrategia puede atraer capital extranjero a corto plazo buscando obtener utilidades inmediatas, tiene un efecto devastador para los inversionistas locales al volverse muy costoso el acceso al crédito. Los programas de liberalización en México y en otros países han implicado restricciones considerables en el gasto del sector público y la inversión, y cuando se combina con las altas tasas de interés, el resultado es baja inversión privada, bajo empleo, baja productividad y, por lo tanto, bajo crecimiento.

De acuerdo con esta explicación, las posibilidades de crecimiento no siempre son grandes, especialmente cuando se considera el hecho de que en una economía menos diversificada, como la de México, la duración del ajuste puede prolongarse porque la reasignación y los cambios en la especialización no siempre son posibles. Este argumento pesimista describe muy bien la experiencia mexicana, especialmente durante el periodo 1985-1995.

Desempeño económico de México

Durante su historia reciente, México ha experimentado varias recesiones y crisis financieras, pero la de 1994-1995 fue la más severa de todas. El producto interno bruto (PIB) disminuyó 8.6 por ciento en 1995, el desempleo aumentó en casi 3 puntos porcentuales de 1994 a 1995 (véase CEPAL, 1995) y el déficit de la cuenta corriente empeoró dramáticamente. De un pequeño superávit

de 800 millones de dólares en 1985, la cuenta corriente se incrementó hasta casi 29 000 millones en 1994. El deterioro sin precedentes de la balanza de la cuenta corriente de México que siguió a la instrumentación del programa de liberalización por la vía rápida fue el primer signo de vulnerabilidad de la economía mexicana. Al eliminar las restricciones en cuanto al volumen de las importaciones y la reducción de aranceles, era de esperar un sustancial déficit comercial, y en lugar de adoptar una política de bajas tasas de intercambio para desalentar las importaciones y fomentar las exportaciones, el banco central hizo lo contrario, lo cual exacerbó el déficit de la cuenta corriente hasta alcanzar el 7 por ciento del PIB en 1994. La política de altas tasas de intercambio forzaron la asignación de un recurso influenciado hacia la producción de bienes y servicios no comercializados a expensas de los exportables, con lo que México perdió la oportunidad de repetir el milagro de Asia del este.

La conducta de los inversionistas extranjeros, que buscan ganancias inmediatas, fue otro indicador de la vulnerabilidad de la economía mexicana. La inversión de cartera, que es esencialmente de corto plazo, se convirtió en la mayor afluencia de capital extranjero, pues representó el 84 por ciento de los flujos de capital a México en 1993. El predominio de las colocaciones a corto plazo abrieron una amplia puerta a la especulación y crearon en el país una atmósfera de incertidumbre.

La acumulación de los déficit y la disminución de reservas internacionales afectó la confianza de los inversionistas y provocó una masiva y rápida fuga de capital. Como se

discutió en la sección anterior, la situación presionó a la baja el valor de la moneda y forzó a las autoridades monetarias a dejar al peso flotar con respecto al dólar, abandonando así el sistema de deslizamiento gradual adoptado desde 1988 como medida antinflacionaria. El resultado fue, como se esperaba, una brusca devaluación del peso, que cayó en casi 50 por ciento de su valor entre diciembre de 1994 y marzo de 1995.

La depreciación del peso obligó a las autoridades financieras a ofrecer altas tasas de interés a los inversionistas para compensarlos por el alto riesgo y ayudar a reducir la incertidumbre y la volatilidad en los mercados financieros. En marzo de 1995 las tasas de interés nominal en certificados de la Tesorería (cetes) a 28 días alcanzaron 80 por ciento. Estas tasas de interés fueron extremadamente altas ya que la inflación mensual fue de 8 por ciento durante el mismo periodo. Además de los crecientes pagos de intereses de la deuda interna, las altas tasas de interés (a veces combinadas con la reducción de los impuestos al consumo) desalentaron la inversión productiva y cambiaron la composición de la demanda agregada a favor del consumo.

La política fiscal y de tasas de intercambio tuvieron un impacto inmediato en la estructura interna de los precios, de tal manera que la economía se orientó hacia la importación y el consumo, desviando así recursos de la inversión y la producción, base de cualquier crecimiento económico. Estas son algunas de las contradicciones y consecuencias del programa de liberalización puesto en marcha desde

1985. Para evaluar el impacto total de las reformas de política contenidas en este programa se requiere analizar el comportamiento de los principales sectores y agregados de la economía mexicana.

Patrones de inversión extranjera en México

La experiencia de México en cuanto a inversión extranjera, como su historia política, es turbulenta. Los flujos de capital extranjero se incrementaron firmemente a lo largo de los años setenta, alcanzaron niveles extremadamente altos a principios de los ochenta y disminuyeron dramáticamente con la crisis de la deuda de 1982. Desde 1970 se pueden distinguir tres periodos principales en los movimientos de capital extranjero: 1) un periodo de estabilidad y proporciones extremadamente altas de petición de préstamos de 1970 a 1982; 2) de 1982 a 1990 hubo una fuga masiva de capital y México perdió acceso a los mercados de capital internacional, este periodo fue dominado por la inversión extranjera directa, y 3) de 1990 a 1995 el capital fugado empezó a regresar, pero los inversionistas extranjeros parecen haber adoptado una estrategia de "ganancia segura a corto plazo", por lo que el periodo estuvo dominado por la inversión de cartera, esencialmente de corto plazo.

Los años setenta fueron un periodo de alto crecimiento en México. La tasa promedio de crecimiento del PIB real fue de 6.4 por ciento para el periodo 1970-1980. Las altas tasas de crecimiento y los descubrimientos de petróleo se utilizaron como garantía subsidiaria en los mercados internacionales de capital, lo que le per-

mitió a México pedir grandes cantidades de fondos extranjeros, incrementando así su proporción deuda/PIB de 6.6 por ciento en 1970 a 48.6 por ciento en 1982. El capital de la deuda alcanzó su máximo histórico de casi 27 000 millones de dólares en 1981, justo antes de que las autoridades suspendieran el servicio de la deuda en los préstamos comerciales. La situación fue exacerbada aún más por la disminución en los precios del petróleo y el aumento en las tasas de interés mundial. El periodo que le siguió fue conocido como el "periodo de la crisis de la deuda", y duró hasta finales de la década de los ochenta.

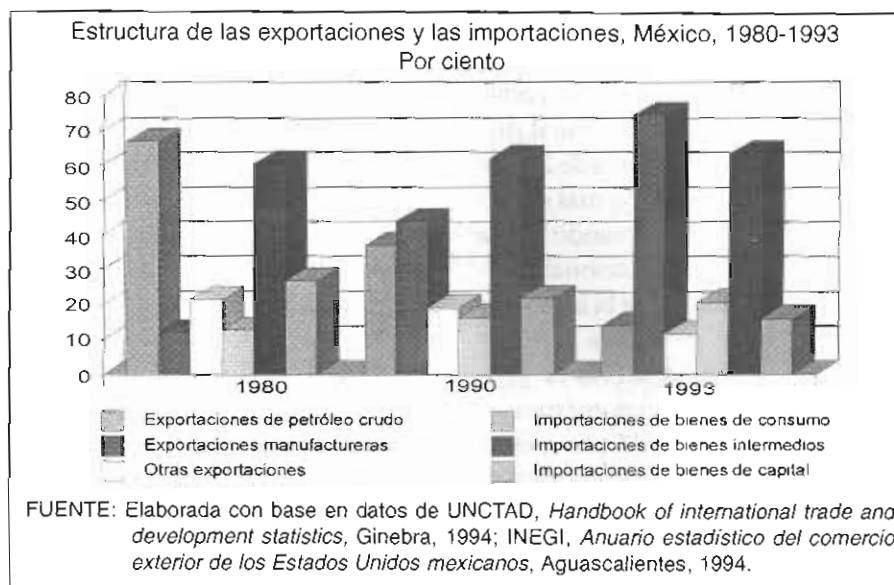
Durante ese periodo, México dependió casi enteramente de los acreedores oficiales, ya que los mercados de capital privado se volvieron virtualmente inaccesibles. La inversión extranjera directa fue la única que mantuvo una cierta estabilidad a lo largo del periodo a pesar de los intentos del gobierno de controlar los flujos de capital extranjero hacia el país. La estabilidad en los flujos de inversión extranjera directa pueden explicarse por el hecho de que las firmas extranjeras (principalmente estadounidenses) habían decidido tomar ventaja de las condiciones aprovechables y seguir construyendo "maquiladoras" o plantas ensambladoras de exportaciones.

Las medidas de control fallidas, y a menudo contradictorias, adoptadas inmediatamente después de la crisis de la deuda tuvieron una vida corta y pronto fueron reemplazadas por algunas de las políticas consideradas como las más liberales y orientadas al exterior que México hubiera conocido. Aranceles más bajos reemplazaron a los requerimientos de li-

cencias para importar, y las reglas y regulaciones relacionadas con la inversión extranjera se relajaron. Con el apoyo del FMI y del Banco Mundial, México empezó a implantar un programa radicalmente distinto dirigido a desregularizar y liberalizar la economía completa. Las tasas de interés e intercambio fueron las variables más sensibles a estas reformas de política. Los aumentos bruscos en las tasas de interés crearon condiciones favorables para inversiones de cartera a corto plazo y desalentaron la inversión productiva que se necesitaba, y todavía se necesita, para provocar el ajuste estructural recomendado por el FMI y el Banco Mundial. En el caso de la tasa de intercambio, el peso estuvo sobrevaluado durante el periodo 1990-1994.

Comercio exterior

El complemento macroeconómico de la afluencia de capital (en cartera) cada vez más alta se reflejaba en los crecientes déficit de la cuenta corriente. La devaluación del peso que siguió a la crisis de la deuda de 1982 redujo bruscamente las importaciones y contribuyó al primer excedente de la cuenta corriente desde 1970. El superávit duró sólo hasta 1985, año que marcó el comienzo del modelo neoliberal. El desmantelamiento de los controles de las tasas de intercambio condujo a otra abrupta depreciación del peso (1986-1987) que ayudó a las exportaciones manufactureras pero dejó de compensar el efecto negativo causado por el colapso de los precios del petróleo en 1986. La cuenta corriente ha estado empeorando constantemente desde el inicio de la instrumentación del programa de liberalización del comercio. Este



programa incluyó casi todo y tuvo como objetivos los insumos y bienes de consumo. Se eliminaron los subsidios a las exportaciones y las restricciones de volumen en las importaciones que se utilizaban para controlar el balance del comercio fueron abandonadas o reemplazadas por aranceles más bajos. Alrededor de 1986, el arancel máximo se redujo a 20 por ciento y el arancel promedio, valorado según la producción, fue reducido a 12 por ciento (véase Agosin y French-Davis, 1993).

La estructura de las exportaciones parece haber cambiado en gran medida desde 1980. La aportación del petróleo a éstas disminuyó de 66.8 por ciento en 1980 a 14 por ciento en 1993. Esta disminución fue igualada por un repentino incremento en la aportación de los bienes manufacturados de 11.9 a casi 75 por ciento, haciendo así del manufacturero el principal sector exportador. La mayoría de las importaciones fueron realizadas por las industrias manufactureras (92 por ciento en 1993), pero la estructura de las importaciones permaneció estable, ya que los

bienes intermedios mantuvieron virtualmente la misma aportación. Es importante, de cualquier modo, notar la disminución en la aportación de los bienes de capital y el aumento en los bienes de consumo. Esto puede ser indicador de que la liberalización gradual de la economía expuso los productos mexicanos a la competencia internacional y, consecuentemente, volvió a la inversión doméstica en industrias de bienes de consumo menos aprovechables. Una de las implicaciones de esta situación es que el país estaría retrasando el desarrollo de su base industrial y prolongando su dependencia del abastecimiento extranjero. Ello, a la vez, llevó a persistentes déficits comerciales y a más presión para la devaluación de la moneda.

Ahorro, consumo, empleo y salarios

Si se acepta que el ahorro es un importante elemento de crecimiento, es fácil sostener que su clara disminución debió de ser responsable en mucho del lento crecimiento que

caracterizó a la economía mexicana durante la década analizada. Efectivamente, el ahorro nacional como porcentaje del ingreso nacional disponible disminuyó de cerca de 22 por ciento en 1980 a un poco más del 13 por ciento en 1994, llevando así la aportación del ahorro nacional (bruto) en financiamiento de la inversión de 78 por ciento en 1980 a 54.4 por ciento en 1994. Al observar la proporción de la inversión doméstica en el PIB (alrededor del 22 por ciento en 1994), resulta obvio que el ahorro nacional no podía sostener las tasas de inversión y requería sustancial ahorro extranjero para llenar el vacío. La contribución del financiamiento externo neto en la inversión doméstica bruta aumentó de 22 por ciento en 1980 a 45.6 por ciento en 1994; pero, como se demostró en la crisis de 1982, el país no puede depender indefinidamente de los recursos extranjeros para financiar su crecimiento, ya que el rápido incremento de la deuda puede amenazar la continuidad del crecimiento mismo. ¿Qué podía hacer México?

El círculo vicioso hacia el cual fue lanzada la economía mexicana desde

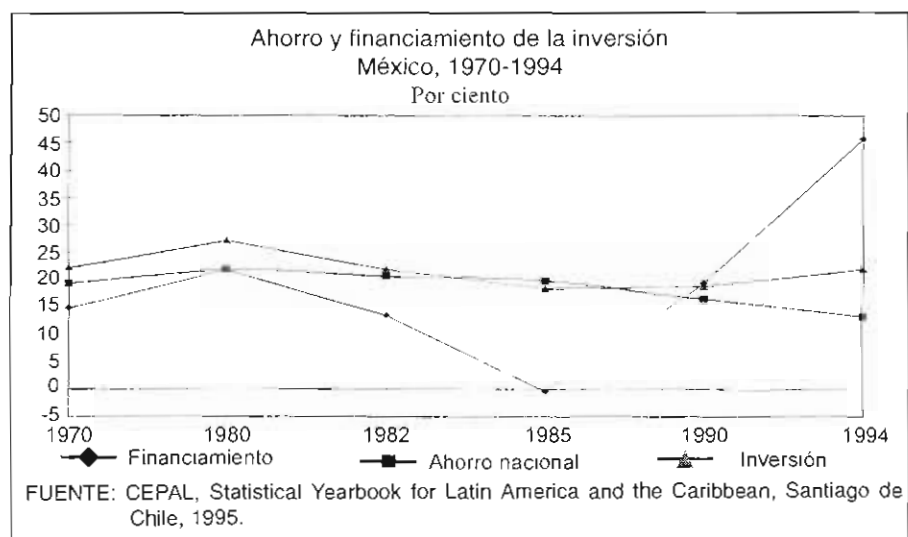
la deuda de la crisis estaba entonces herméticamente cerrado por el programa de reformas estructurales que comenzó en 1985. Las reformas pedían una drástica reducción de la deuda, los déficit públicos y el involucramiento del gobierno en los asuntos económicos. La justificación de estas reformas de política se basaba en la idea de que los excedentes generan ahorros y que el ahorro es una fuente de inversión. Sin embargo, cortar los déficit durante un periodo recesivo sólo puede empeorar y prolongar la recesión, porque reducir el gasto público disminuye la demanda agregada y aminora el empleo y el ingreso. En contraste, un incremento en la inversión pública elevaría el ingreso hasta que el ahorro inducido fuera igual a la inversión.

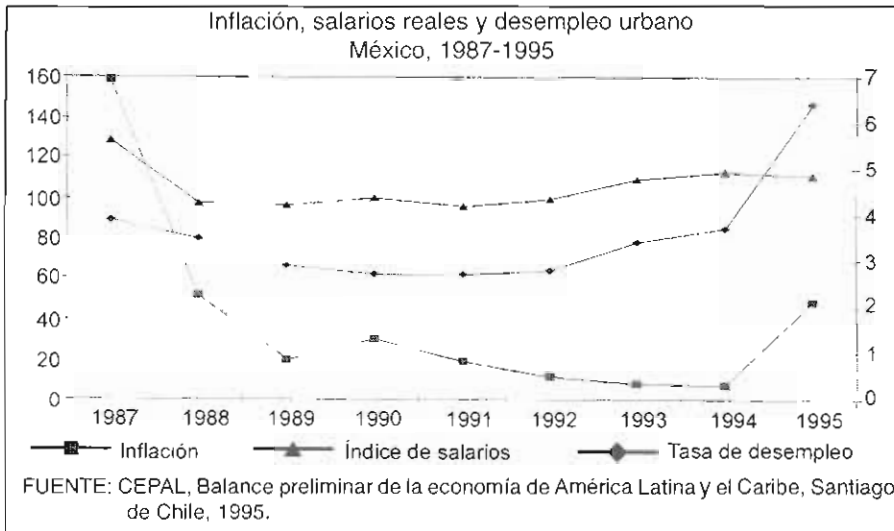
De acuerdo con este punto de vista, la inversión es la fuente del ahorro y no al revés. Es por esta razón que los economistas y los políticos keinesianos se oponen a la reducción del déficit, especialmente durante una recesión. La pérdida de ingreso y de empleo durante una recesión tiene un efecto multiplicador negativo que tiende a gene-

ralizar la recesión a todos los sectores de la economía. Una recesión prolongada es sinónimo de una demanda deficiente y de poco valor agregado.

Una economía con demanda insuficiente está obligada a sufrir desempleo a largo plazo, lo que parece ser una característica importante de los mercados laborales mexicanos. Aunque la tasa de desempleo abierto sólo representaba 3-4 por ciento de la fuerza laboral, el número de subempleados era sustancialmente mayor que eso (se estimaba que la tasa de subempleo era de alrededor de 25 por ciento de la población económicamente activa en 1995 (véase CEPAL, 1995: 12). Aunque las tasas de desempleo disminuyeron durante la última mitad de la década de los ochenta, la tendencia se invirtió en 1990 y para 1995 la tasa de desempleo era más del doble que al principio de la década. Durante este periodo, el índice de empleo en la manufactura cayó más de 22 por ciento (véase OCDE, 1995).

Las situaciones de alto desempleo conducen a un deterioro del salario real. El salario real promedio en 1995 fue 13 por ciento menor que en 1980. En ausencia de algún sistema de seguro de desempleo, la consecuencia de esa disminución en el poder adquisitivo fue el empeoramiento y prolongación de la recesión. La disminución del salario real fue institucionalizada en 1987 por las medidas antinflacionarias en un acuerdo entre el gobierno, empresas privadas y organismos laborales para estabilizar la economía por medio de políticas fiscales y monetarias restrictivas y el congelamiento de los salarios. Tales medidas contradictorias afectaron severamente a la clase trabajadora y causaron enormes ajustes





en el mercado laboral, incrementando el número de desempleados por medio de despidos del sector público o pérdida de empleos del sector privado, que fue forzado a comprometerse en una carrera de racionalización para sobrevivir en el nuevo ambiente competitivo. Bajo estas circunstancias, el gobierno adoptó medidas alternas para atenuar el impacto devastador de tales políticas en las fracciones más vulnerables de la población. Estas medidas incluyeron una extensión a seis meses de los servicios de salud ofrecidos por el Instituto Mexicano del Seguro Social al desempleado y sus dependientes, capacitación de algunos trabajadores y la creación de trabajo por temporadas en áreas rurales, y subsidios de algunos productos alimenticios básicos (véase CEPAL, 1995).

Crecimiento económico

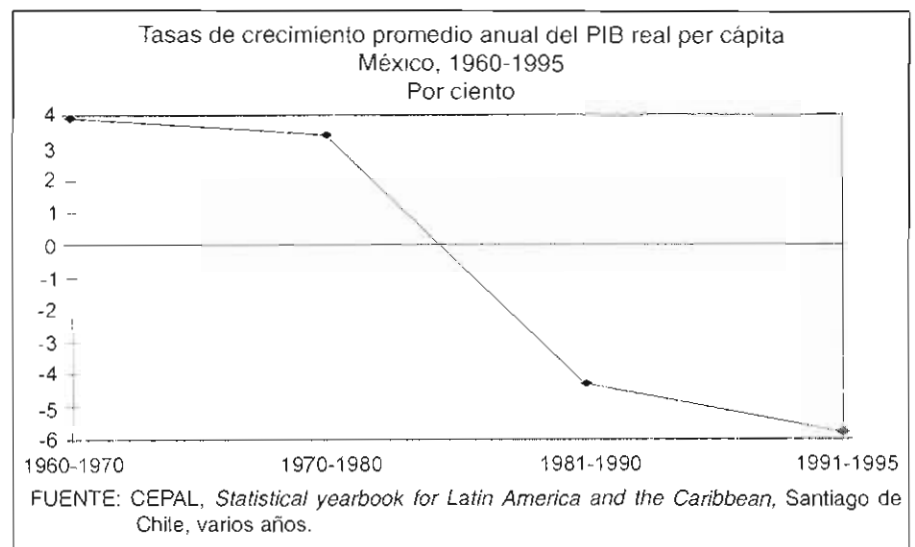
Cuando se examinan las tasas de crecimiento del PIB per cápita desde los años noventa, extraña ver que durante el periodo de mayor apertura las tasas promedio de crecimiento fueron negativas: -4.3 por ciento du-

rante 1981-1990 y -5.8 por ciento durante 1991-1995. Estos "hechos estilizados" de crecimiento económico en México sobresalen como una contradicción irreconciliable con la teoría que predice que el (libre) comercio es un poderoso motor de crecimiento económico. En contraste, durante el periodo de sustitución de importaciones las tasas de crecimiento del PIB per capita promediaron 3.9 por ciento en 1960-1970 y 3.4 por ciento durante 1970-1980.

En un estudio reciente, Agosin (1996) discute que aunque quienes

hacen políticas en Latinoamérica tiendan a culpar a los problemas económicos de la región al anterior modelo, de sustitución de importaciones, este punto de vista no es apoyado por los hechos. Agosin (1996: 165-167) sostiene que, para lograr un crecimiento sostenido, los países latinoamericanos deben adoptar una nueva política industrial que fomente las exportaciones y ayude a incrementar la competitividad en los mercados internacionales, así como una política comercial que, a la luz de la Organización de Comercio Mundial, pueda todavía incluir algunos subsidios y otros mecanismos para proteger a las industrias regionales. Pero el alcance de la adopción de políticas discrecionales ha sido muy reducido para México por la instrumentación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

Efectivamente, el Tratado de Libre Comercio sanciona e institucionaliza la tendencia a la liberalización iniciada hace más de una década. Su propósito es crear un mercado norteamericano donde los inversionistas puedan vagar libremente y los productores puedan importar y exportar



tar sus productos sin enfrentar restricción alguna. Para lograr este objetivo, los artículos del acuerdo que tratan los temas y las medidas de inversión relacionadas con el comercio impusieron considerables restricciones a la intervención de los gobiernos, y forzaron a los países miembros a reducir el uso de políticas discrecionales y discriminatorias a la inversión exterior y el comercio extranjero.

Una de las consecuencias más importantes de este debilitamiento de política es que México ya no puede imponer "requisitos de desempeño" a los inversionistas extranjeros. La pérdida de tal opción política tiene serias implicaciones al menos para el desempeño económico de corto plazo, ya que todos los requisitos de desempeño (que incluyen requisitos de exportación e importación, requisitos de contenido doméstico, requisitos de balance del comercio, la vinculación de las ventas domésticas con los niveles de exportación o ingresos del intercambio extranjero, requisitos de transferencia de tecnología, etcétera) están prohibidos por el artículo 1106 del Tratado.

Aunque México pudo negociar algunas excepciones a las disposiciones de la inversión, la mayoría de estas excepciones se programaron para hacerlas desaparecer progresivamente en el año 2000. En este contexto, se espera que las corporaciones multinacionales que buscan mercados, mano de obra y recursos aumenten el número de sus afiliados en México para así contribuir al crecimiento económico del país aumentando su acceso a los mercados internacionales y a la tecnología. Esta es, en realidad, la mejor y única opción que le queda a México si quiere lograr

un nivel sostenido de crecimiento y desarrollo, esto es, debe proponer medidas que le permitan utilizar los canales y redes de las corporaciones multinacionales para aumentar su competitividad internacional y asegurar una inserción más dinámica a la economía mundial.

Conclusión

Este estudio sostiene que un comercio totalmente libre y una estrategia de "no intervención" ante la inversión extranjera no son necesariamente la mezcla óptima de política. Al contrario, se necesita una política de comercio e inversión más activa para lograr el tipo de desarrollo industrial alcanzado por los países del sur y el este asiático. El estudio advierte que, contrariamente a las predicciones de la teoría de comercio tradicional, el desempeño económico de México durante la última década ha sido muy pobre en comparación con el periodo en que estuvo vigente el modelo de sustitución de importaciones. También se advirtió que la experiencia económica reciente se caracterizó por algunas inconsistencias y contradicciones mayores entre el tipo de políticas adoptadas y la tendencia a la liberalización de la economía. Esta situación contribuyó a las dificultades económicas presentes en el país, que sólo pueden explicarse por la falta de una estrategia de desarrollo a largo plazo.

El reciente Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá representa un nuevo desafío para México en el sentido de que lo priva de las medidas tradicionales de comercio e inversión que se han utilizado hasta ahora y que, por lo tanto, lo obliga a buscar nuevos ins-

trumentos para mejorar su competitividad y cerrar la brecha en productividad y estructura económica con sus vecinos del norte.

Bibliografía

- Manuel R. Agosin, "La política comercial en América Latina y el nuevo sistema internacional de comercio" en *Integración y comercio*. Revista cuatrimestral del INTAL, enero-abril de 1996.
- Manuel Agosin y R. Ffrench-Davis, "Liberalización comercial en América Latina" en *Revista CEPAL*, Naciones Unidas, núm. 50, Santiago de Chile.
- Hassan Bougrine, "Imperfect competition and the new theory of international trade" en *International trade and new economic order*, Raul Moncarz (ed.) Series in international business and economics, Nueva York, Pergamon.
- CEPAL, *Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe*, Naciones Unidas, Santiago de Chile, 1995.
- A. Faroque y H. Bougrine, "The relative impacts of foreign direct investment vs. debt capital on domestic investment in Morocco", *Journal of economic development*, vol. 17, núm. 1, 1997.
- C. Kindelberger, *American business abroad: six lectures on foreign investment*, Yale University Press, Nueva Haven, 1969.
- OCDE, *Main economic indicators*, OCDE, París, 1995.
- A. P. Thirlwall, "The balance of payments constraint as an explanation of international growth rate differences" en *Banca nazionale Lavoro quarterly review*, vol. 128, 1979, pp. 45-53.
- UNCTAD, *World investment report*, 1994, Ginebra: Comisión de las Naciones Unidas para el comercio y el desarrollo.
- UNCTAD, *Transnational corporations in world development: trends and prospects*, Nueva York, Naciones Unidas, 1988.